

* ESPAÑOLES EMINENTES

Jordi
Gracia

*José Ortega
y Gasset*

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	11
1. NADA ES NORMAL	17
Escuela de ineptitud.....	20
Qué ser: primeros planes.....	28
Modernos inservibles en 1904.....	30
El joven amante y la medusa	37
2. EL VUELO DEL VENCEJO.....	41
Ir a fondo	45
Mirando a España.....	51
La alegría del estoico	59
Filosofía y socialismo en Marburgo.....	67
Un destino todavía secreto.....	71
3. PRIMERA SALIDA: 1908-1910	77
Solo y campo a traviesa.....	77
Política y pedagogía	86
La cena de Platón	89
Las cosas que importan	95
Un profesor socialista.....	101
Un programa de acción	111
Conflictos territoriales	116
Poner en claro	121

4. EL TALLER EN MARCHA	127
Filósofo en pruebas: Marburgo en 1911	131
Un hombre del sur	135
Falsas esperanzas: Bergson.	139
Hasta cuándo	146
5. EL ALMA DISPERSA DE ORTEGA.	153
El folleto como arte mayor.	158
Un templario de El Escorial.	161
El verdadero culpable	164
El socialista sentimental	168
<i>Matar bien a los muertos</i> : 1914	171
Un diccionario personal y abreviado.	181
6. ESPAÑA NEUTRAL Y EN GUERRA	189
Una campaña de guerrillas	191
La batalla más corta: <i>España</i> , 1915.	197
Un héroe barroco.	202
El poder espiritual de la guerra.	209
Un verano reconfortante	213
7. SIN FE Y SIN SEÑOR	219
Sistema de la razón vital	223
En ruta hacia sí mismo en 1916: Buenos Aires	227
La experiencia del éxito.	235
Un desorden imprevisto.	241
Las amarguras del regreso	243
Una fragilidad insospechada	251
Daños colaterales	255
8. DESDE <i>EL SOL</i>	259
Una crisis que son al menos dos: 1917.	259
En el Olimpo	267
<i>Romped, tajad, pulverizad la carroña</i>	272
Retirada aplazada	281
Falsa paz	285
En sus propias carnes	290

9. EN LA FRONTERA	297
El sentido deportivo y festival de la vida	298
Don Juan y don José	302
Anatomía fría del arte nuevo	304
La dispersión literaria	309
10. EL NORTE DEL EXPLORADOR	315
Una editorial renqueante	319
Asunto de principios	320
El giro genial.	327
Ante el golpe de 1923.	329
Una admirable experiencia pedagógica	339
Segundo <i>round</i> filosófico	342
Nuevos hábitos, tres hijos y otro mundo	350
11. ESCRIBIR A OTRA ESCALA	359
La pluralidad articulada.	362
Pleamar y bajamar	366
Entre refugio y academia: <i>Revista de Occidente</i>	369
Las novelas de los otros	379
Otro héroe: Mirabeau	386
La bella y la bestia.	390
Meditaciones sentimentales.	398
12. EL MAREMOTO ALEMÁN	403
Filosofía pura o la plenitud	410
El enigma de mi vida: 1929	421
El maremoto nacional	432
La anacronía totalitaria	438
Política y conspiración	441
Hacia la jefatura política de la República	451
Seguir o no seguir.	457
13. EN TIERRA DE NADIE	469
Madurar el abandono: 1932.	470
Volver a pensar	477
La angustia del filósofo	482
Últimas ansiedades.	488

14. EL LUGAR ESPINOSO DE LA FILOSOFÍA	497
Una voz dentro de sí	501
Sombríos presagios	505
El peso de la púrpura	508
Vísperas negras: primavera de 1936	510
Primer exilio	519
15. UN TIEMPO ULTRADIFÍCIL	523
París, noviembre, 1936	523
Entre <i>The Times</i> y la alta propaganda	532
Convalecencia incompleta: Portugal, 1939	544
Pálido paraíso	548
Un autorretrato de ficción y un final	558
16. EN OTRO MUNDO	565
El garbo de las ruinas	565
Regresar sin fe	570
La primavera del peor verano: 1946	579
La penúltima batalla	591
Para pensar sin tonsura	597
17. POR FIN	605
Un instituto en el Tíbet	607
Treinta días de felicidad en 1949	614
Nuevos aliados	618
El filósofo ambulante	626
Héroe de fronteras	632
EPÍLOGO: EL VERDADERO SECRETO	643
BIBLIOGRAFÍA RAZONADA	645
En letra pequeña	645
Un orden desordenado: sobre las	
<i>Obras completas</i>	646
Sobre las fuentes y las obras consultadas	648
En letras grandes	668
ÍNDICE ONOMÁSTICO	671

PRÓLOGO

Esta es la historia de una frustración y es también la historia de un éxito insuficiente. Pero es las dos cosas al mismo tiempo o no es ninguna de las dos. Ambas se remontan a la condición previa de una inteligencia fulgurante, expansiva y contagiosa, mandona y celosa de su autoridad, espontáneamente jovial y, sin embargo, estudiadamente ejemplar. Solo desde esa vitalidad congénita pero frágil surge el efecto convulsionador que tuvo en casi todos ese muchacho de familia poderosa y genialidad innata desde el arranque del siglo xx en España.

No habrá manera de escapar a la ley de la paradoja en esta biografía, quizá porque ninguna vida puede hacerlo iluminada desde dentro y desde fuera. Pero tampoco habrá modo de escapar a la traza a veces abigarrada que impone la simultaneidad de sucesos y sentimientos. Ortega solo será Ortega visto a la vez en los frentes solapados de una actividad muy calculada en ritmos y tiempos, capaz de repentizar series febriles de artículos políticos mientras perfila los fundamentos de una filosofía de la razón vital. Es epistológrafo vivaz pero selectivo, sentimental fingido y donjuanesco blanco, ocioso frecuentador de casas nobiliarias y tertuliano diario e irredento: todo a la vez.

Su historia empieza tarde, pero su leyenda es tempranísima e imperativa. Ortega estuvo precozmente dotado del sentido de su propia eminencia como también muy precozmente fue distinguido por parte de su entorno inmediato con esa misma atribución. Existe incluso antes de que el ciudadano común sepa nada de un hombre insultantemente inteligente, prematuramente calvo, imperialmente seguro de sí mismo y risueño, bromista, jovial,

fanfarrón y seductor. Cuando saben de él los lectores normales de periódicos, las gentes ajenas al mundo universitario o intelectual, Ortega tiene ya 30 años; publica su primer libro y ofrece la primera conferencia de resonancia nacional en 1914. Desde ese momento, Ortega equivale ya a un Ortega pleno, cuajado como persona y como personaje. Decir Ortega es desde entonces nombrar al pensador más moderno, europeo y perdurable del siglo xx en España, el adversario más correoso del tradicionalismo conservador y la moral católica y, por supuesto, tras la guerra, del franquismo social como remota cuna tóxica de nuestro presente. Por eso esta biografía atiende poco a poco a la fábrica invisible o todavía dispersa, discreta, minoritaria, de un escritor mayor desde su primer libro, *Meditaciones del Quijote*.

Esta historia tiene también un punto de inflexión. En torno a 1921-1922, sobre sus 40 años, Ortega decide apartar de su acción programática la fuerte implicación política que hasta entonces ha tenido y emprende una ruta que no es nueva pero que vive en su imaginación de forma muy absorbente: la formulación de una filosofía nueva y radical. Ese empeño accede al primer lugar de su tarea docente y literaria desde entonces, y las muestras de ese pensar incesante, brillante y poderoso son abrumadoras durante los años veinte. Y sin embargo, y a la vez, tanto su programa filosófico como su retirada de la política entran en crisis en torno a 1929: en el primer caso porque emerge un nuevo jugador imprevisto en el terreno de la alta filosofía —Martin Heidegger— y en el segundo porque la ilusión de la Segunda República puede acabar, por fin, con la España de la Restauración que ha combatido desde 1908 al menos, y Ortega se entrega a esa conquista.

Yo creo, con José Gaos, que en su esquema más simple Ortega evolucionó desde «el espectador gozoso hasta el crítico amargo de su tiempo». No sé si son «dos Ortegases», como quiso Gaos; creo que no. Pero esta biografía sí trata de ajustarse a la cronología de su vida y no a la de sus libros; trata de entender desde sus cartas y desde sus textos los pasos de la maduración moral, emocional e intelectual de un personaje con altísimo control de las decisiones sobre su vida, sus planes y sus proyectos. También por esa razón el libro responde a un método ligeramente distinto de expo-

sición a medida que avanza la vida de Ortega y, sobre todo, tras su abandono de la política hacia 1932. En la primera mitad del libro es Ortega quien habla con su voz y con sus ideas, sus sentimientos, sus enfados y sus debilidades; el ritmo es entonces algo más lento, mientras él se fragua cabalmente, acompañado por la voz de los otros, quienes conviven con él y quienes disienten de él. Después, el libro y su biografía se aceleran porque la historia se acelera también y, sin embargo, sigue siendo un Ortega desde dentro y un Ortega desde fuera*.

Si su leyenda empieza con él es porque él empieza también su automitografía, pero su excepcionalidad se supo desde el principio y lo supieron todos los que debían saberlo. Lo supieron sus padres en casa, lo supieron sus primeros maestros y lo supieron sus hermanos; lo supieron sus profesores en todas las etapas y lo supieron sus colegas de primeras escaramuzas: lo supieron Giner de los Ríos, Joaquín Costa y Miguel de Unamuno; lo supieron Valle-Inclán, Maeztu, Baroja, Azorín, Machado o Navarro Ledesma; lo supieron, evidentemente, los de su misma edad —Juan Ramón Jiménez, Pérez de Ayala, Manuel Azaña, María de Maeztu, Eugenio d'Ors, Gregorio Marañón, Josep M. de Sagarra, Américo Castro, Fernando de los Ríos o Josep Pla—. Y a los más jóvenes que él no les quedó el menor margen de maniobra frente al peso de una leyenda que ya era histórica, aunque a menudo le tratasen a diario, como Ramón Gómez de la Serna, Pedro Salinas, Xavier Zubiri, María Zambrano o Francisco Ayala.

*Pero también el Ortega más fiel posible: las *Obras completas* ofrecen hoy como cuerpo de texto la versión más tardía en vida de Ortega, de manera que para restituir las versiones primeras u originales hay que acudir a las notas y los apéndices al final de cada tomo, de la misma manera que hay que acudir a los volúmenes de obra póstuma (del VII al X) para textos inéditos del autor desde 1902 y hasta su muerte en octubre de 1955. Para evitar una saturación excesiva de remisiones a las *Obras completas*, he preferido ofrecer una referencia orientativa sobre el lugar que se está citando de las *Obras*. En el caso del epistolario, cuando no hay ninguna referencia y solo se da la fecha, el lector ha de entender que la cita procede del archivo de la Fundación, que es en su inmensa mayor parte inédito. En caso de cartas ya publicadas, menciono entre paréntesis un título incluido en la bibliografía final, y allí remito para una explicación más detallada del uso que hago de esas modélicas *Obras completas* editadas conjuntamente por Taurus y la Fundación Ortega y Gasset (ahora Ortega-Marañón).

La primera de las leyendas que desactiva esta biografía, sin embargo, es la de su mocedad (porque no la hubo); la segunda de las leyendas es la de su marginalidad política (porque peleó y perdió las dos e incluso las tres veces en que actuó como político); la tercera leyenda es la de la impotencia filosófica (porque fue filósofo, pero lo fue primero contra todos y contra sí mismo después); la cuarta leyenda es nada más que una falsedad: no fue nunca franquista (pese a colaborar olímpicamente en el «servicio nacional» de propaganda en 1938); la quinta leyenda es la más difícil de rebatir hoy día, pero creo que el progresivo conservadurismo ideológico no le hizo aliado ni socio ni cómplice de los fascismos, aunque el falangismo español explotase a mansalva buena parte de su pensamiento aristocratizante, neonobiliario, de casta.

Sí fue en su madurez un liberal conservador que aspiró a redefinir el liberalismo democrático al identificar en los dos totalitarismos de los años treinta nefastas regresiones a estadios anteriores al liberalismo del XIX. Y buscó el modo de blindar ese liberalismo contra las secuelas más adversas o deficientes de las democracias modernas. Que hoy resuene sospechosamente extraña esa formulación no le vincula a forma alguna de antiparlamentarismo o antidemocracia; lo sitúa donde muy a menudo debe situarse al Ortega político y a buena parte de la clase intelectual de la Europa de entreguerras, incluidos los *antimodernos* de Antoine Compagnon: en las reticencias democráticas del liberalismo, en el terreno del ideólogo más o menos visionario pero en todo caso desdeñoso hacia la política como oficio y arte del mal menor.

No llegó a publicar nunca los libros definitivos de la filosofía definitiva que había soñado. Pero Europa tampoco los necesitó para reconocer a un compulsivo y explosivo escritor, con un nivel de intensidad y de implicación social solo comparable en su tiempo a Miguel de Unamuno y, en el nuestro, a Fernando Savater. La Europa de la posguerra vio en él a un pensador original sobre la sociedad contemporánea y a un superviviente del tiempo de ayer, para decirlo con el ya inevitable Stefan Zweig. En sus cinco últimos años, hasta su muerte en 1955, encadena viajes, homenajes, honores, cursos, conferencias y llenazos absolutos, con altercados y bandidaje estudiantil (para escucharlo a él) por Alemania o Suiza,

mientras el tiempo se le iba de las manos con el pulso más lento y sin culminar escrituras una y otra vez aplazadas.

Acabó su vida Ortega como ejemplar en vías de extinción de un pasado efectivamente extinto. Pero Ortega seguía estando vivo en los textos de veinte, treinta años atrás, reeditados y reimpresos una y otra vez, y una y otra vez traducidos al inglés y al alemán. Y hasta Robert de Niro invoca a Ortega en su papel de escritor desesperado en *Being Flynn*. Pero se equivocaba Octavio Paz cuando creía que Ortega no sucumbió «a la tentación del tratado y la suma» filosófica, sistemática y profesional. Sí sucumbió y hasta se le hizo obsesión, pero nada de ese nuevo empeño invalida su obra más valiosa como ensayista y pensador. Tampoco a Thomas Mann, T. S. Eliot, Valery Larbaud o Alfonso Reyes les hizo la menor falta esa obra no culminada de filósofo para apreciar su valor. Ni Leonardo Sciascia la echó de menos cuando descubrió en Ortega al pensador que lo había paseado como nadie por el mundo de las ideas; tampoco el gran crítico Harry Levin ni el novelista Richard Ford leyeron a Ortega a la espera de un definitivo tratado filosófico. Y aunque George Orwell discutiese esto y aquello, seguía rendido a una máquina de pensar, como se rindieron John Dos Passos, Alejandro Rossi o Mario Vargas Llosa. Ninguno de ellos rebajó la seducción vibrante de la prosa de ideas de un autor al que Saul Bellow definió como un ilustrado que «looked forward to the triumph of reason over irrationality».

Es un final justo y a la altura de un hombre sin apenas experiencia de la ancianidad, como si se muriese sin llegar a viejo, con 73 años, mientras le impresionaba su último descubrimiento literario, *El ruido y la furia*, de William Faulkner, y rezongaba contra filósofos del existencialismo que no le habían leído bien, que le habían leído mal o que simplemente no le habían leído. Tampoco era verdad, pero eso es lo de menos.

1. NADA ES NORMAL

Ortega desde luego no es normal, pero su casa tampoco. No lo es el oficio de su padre, no lo fue el oficio de su abuelo, también periodista, no lo es el poder político y económico de su familia materna, Gasset, y no lo son, por tanto, las condiciones sociales en que nace Ortega el 9 de mayo de 1883 en Madrid. De muy niño ha podido leer ya impreso su nombre en la dedicatoria que el abuelo Ortega Zapata ha puesto en un libro tardío y melancólico. En la casa no reside el abuelo, pero sí residen tumultuosamente un número insospechado de familiares, estables y transeúntes. El ritmo es endemoniado casi desde el primer momento de su existencia, con sucesivos traslados de domicilio, primero en Alfonso XII, muy poco después en Santa Teresa, y desde sus diez años en la calle Goya, 6. Su padre, José Ortega Munilla, había nacido en los arrabales madrileños, en una zona humilde y periférica de la capital, aunque ahora residiese en un piso grande y alto de una calle burguesa. Le entusiasma el teatro, él mismo es dramaturgo y novelista de algún éxito y popularidad, pero sin el menor atisbo de altisonancia o pretensión literaria.

Los Gasset de 1883 vienen de otra estirpe porque son los fundadores del más importante periódico del fin de siglo, *El Imparcial*, además de haber ejercido responsabilidades políticas durante la Restauración con activo protagonismo entre los liberales. El diario había nacido tras la revolución de septiembre de 1868, desde 1881 apoyó al liberalismo de Sagasta y estuvo en los orígenes de la Institución Libre de Enseñanza desde 1876, además de sintonizar inequívocamente con las políticas reformistas.

Los libros son paisaje natural en casa de Ortega Munilla, pero la literatura es sobre todo fuente de frustración, asunto auxiliar y en el fondo solo consolador. Desde los últimos años del siglo, el padre ha perdido buena parte de la ilusión literaria y se ha ido dejando absorber por las tareas periodísticas. Como dice alguna vez, escribe literatura en los rincones de los días, y esa es apenas una puerta de escape de las verdaderas ocupaciones que tiranizan a todas horas. En realidad, desde 1900 solo la mitad de la jornada es hábil, porque duerme hasta el momento de almorzar, sale a escape hacia el Parlamento (porque también es diputado) o hacia el periódico, según los días y las estaciones; cena en casa usualmente, con presencia frecuente de escritores, políticos o periodistas; temprano, porque vuelve a salir a escape —agobiado, temperamental, inestable, a menudo colérico— de nuevo hacia el periódico para no volver hasta muy entrada la madrugada. Algunos papeles de entonces traducen ese trajín a cifras: unas diez botellas de cerveza y un mazo de cigarros puros por día.

Los ruidos furtivos de la puerta en la noche son rutina en la vida de una casa a menudo asaltada por huéspedes parientes que saben de la magnanimidad cristiana de la madre, Dolores Gasset Chinchilla, devota y servicial hasta la mortificación, y de la conformidad bonhomiosa y un tanto ausente de Ortega Munilla. Allí residen temporal o definitivamente numerosos miembros de un complejo árbol familiar, incluidas adopciones caritativas y de necesidad. El estado ordinario de la casa es el ajeteo de gente, incluido el servicio, la cocinera o las niñeras a cargo de la prole (y el cura). Mientras pudo, su hijo Ortega y Gasset no prescindió del servicio, como era usual entonces, pero evitará a toda costa la promiscuidad de personas (pese a convivir con una diversísima fauna de animales vivos o disecados a lo largo de los años).

Lo que hace anormal aquella casa es también el número y la calidad de los visitantes y el número y la calidad de las comunicaciones, los avisos, los correos urgentes, las situaciones límite, políticamente convulsas y anímicamente exasperantes. Ortega Munilla dirige *El Imparcial* desde 1900 un poco por delegación, en la medida en que Rafael Gasset, hijo del fundador, Eduardo, fue nombrado ministro de Agricultura en 1900 y hubo de ceder la

dirección. Ortega Munilla llevaba toda la vida en la casa: se había hecho cargo en 1879 de *Los lunes de El Imparcial* y un año y pico después se casaba con la hija del dueño, Dolores.

A los hijos, escolarizados con los jesuitas de Málaga, se les mandan recortes del periódico de forma más o menos habitual. El hermano menor, Manuel, debió de contarle a Ortega más de una vez el montaje del número extraordinario que sacó *El Imparcial* el día 16 de febrero de 1898 a partir de los confusos cables sobre la voladura del Maine. Estuvo en la redacción del periódico ese día, como estaba en casa Ortega cuando la reina María Cristina dictaba desmentidos o correcciones a su padre. En el cambio de siglo, *El Imparcial* seguía siendo el periódico de referencia en España, aunque Ortega Munilla estaba lejos de ostentar entonces ningún viso de aristocratismo social ni cosa semejante, porque siempre se sentiría cerca de una humildad mamada de niño y de joven. Su articulismo, sus relatos y su piedad caritativa por los más débiles parecen a veces la contracara de la superioridad constitucional, congénita, de su hijo José, incluido el Ortega socialista de la juventud.

El primer hijo del matrimonio nació en 1882 y se llamó como el abuelo Gasset, Eduardo; después llegó José (que fue Pepe desde el principio, como Pepe era su padre), más tarde Rafaela y finalmente Manuel, los dos últimos un tanto descolgados de la energía tirando a salvaje de los dos mayores. Ambos esperan a menudo carta del cura, que vive en casa y a quien quieren de veras, mientras siguen escolarizados en Málaga. La sucesión de partos dejó exhausta a Dolores y, al parecer, Ortega Munilla logró concertar una visita médica con el psiquiatra Charcot, entonces una celebridad médica y nueva para asuntos de nervios, y a su consulta acudieron en París en 1889.

La fragilidad nerviosa y la necesidad de etapas de descanso y desconexión laboral también afectan al padre, y se atribuyeron en la familia a una mala caída del caballo, pero puede que su origen fuese genético. Ortega heredó la percepción difusa de quiebras súbitas del sistema nervioso (las primeras ya a los 20 años), como efecto del trabajo y la tensión, formas del agotamiento nervioso. El Escorial sería uno de los refugios tempranos que la familia en-

contraría contra esas crisis paternas, en torno a 1887-1888, y como huida del trajín del periódico. Ortega Munilla alquiló desde el nacimiento de los hijos un apartamento en la Casa de Oficios número 2, en San Lorenzo de El Escorial, junto al monasterio. La familia Ortega no abandonó ese emplazamiento hasta 1936 e iba a ser un lugar ligado a las primeras ambiciones ideológicas y filosóficas de Ortega, aunque eran habituales las estancias veraniegas en otras zonas de la Península, como en Vigo, donde residía la familia Gasset, perfectamente instalada en el sistema caciquil y con fincas repartidas por varios puntos de España. Además, en Marbella y en Córdoba vivían otros familiares directos con quienes los chavales y la madre pasan largas temporadas en la infancia.

ESCUELA DE INEPTITUD

Horarios estrictos, uniforme de traje y corbata, disciplina religiosa y un calendario densísimo de devociones, alejamiento de la familia y dogmas de fe, severidad de formas y un paisaje natural luminoso, con amplio jardín y huerta. Esa fue la vida de los hermanos Eduardo y José Ortega y Gasset durante los años que vivieron en el Colegio San Estanislao de Kostka, el internado de los jesuitas en Miraflores de El Palo, en Málaga. Están cerca de la abuela materna, Dolores Chinchilla, que vive en Marbella, y del abuelo Ortega Zapata, en Málaga, pero la madre había querido evitar a los jesuitas de Chamartín en Madrid (quizá allí hubiese sido todavía más humillante que los niños escuchasen la lectura en voz alta y no precisamente con devota unción de *El Imparcial*). Lo que inyectaron en Ortega aquellos curas y las clases de los novicios fue una ínsita e incombustible enemistad fundada en dos carencias: ni sabían educar ni sabían instruir. Lo primero podría ser diagnóstico tardío contagiado del ateo adulto (aunque tampoco); lo segundo contradice todas las expectativas comunes, hasta hoy, sobre la formación de los muchachos de las altas clases españolas. El único reproche grave, e irónico, que dejará caer Ortega tras elogiar en 1910 la novela de Ramón Pérez de Ayala *A.M.D.G.* será precisamente el silencio del autor

sobre lo peor de todo: que los padres jesuitas no saben y que no saben que no saben.

Compartieron uno y otro, Pérez de Ayala y Ortega, «la misma niñez triste y sedienta»; les faltaron las tres razones que permiten a un alma «el lujo de reír» (ciencia verdadera, moral solvente y experiencia estética). Y sobró bandería, maquiavelismo, codicia y soberbia porque, con el fin de aumentar la gloria de Dios, a los niños «se les utiliza inutilizándolos» (I, 112-114). No fue piadoso ni embustero al evocar los muchos años de disciplina jesuítica, y el de Ortega es solo uno más de los rastros del rencor contra los reverendos padres en la cultura liberal española de los siglos XIX y XX, y hasta pueden ampliarse a rencores nacidos bajo otras faldas eclesiásticas. Ni Azaña fue feliz en *El jardín de los frailes* ni lo fue Ramón Pérez de Ayala, por mucho que fuese tan *emperador* con los jesuitas del norte, en Gijón, como lo fue Ortega con los del sur, en Málaga.

Al internado llega Ortega con nueve años y una clamorosa pedertería de niño bueno y repelente, sin duda estimulada en el ámbito familiar. Exhibe de inmediato aptitudes extraordinarias de memoria e inteligencia, como advirtieron sus maestros de primeras letras, primero en El Escorial y después en Córdoba. Desde entonces no hubo familiar que no saltase de entusiasmo ante la inteligencia del muchacho, y lo mismo sucederá con cuanto maestro se le ponga por delante. Por delante o al lado, porque el *emperador* en los jesuitas se sentaba (quizá lo hace todavía) en la mesa presidencial de los profesores mientras sus condiscípulos se afanan entre las mesas comunales del resto del comedor.

Sin duda debió *leerse* en la dedicatoria del libro de su abuelo paterno, Ortega Zapata, en 1891, *Solaces de un vallisoletano setentón*. Lo había dedicado a los cuatro nietos que ya tenía (con prólogo del mismo Ortega Munilla, aunque parezca «contra la ley natural», como dice el propio hijo). Por entonces, Ortega Munilla construye en Córdoba una casa que acoja a la familia, y cerca también de la abuela Dolores Chinchilla, malagueña y de cuya rama familiar hereda Ortega la tez oscura o cetrina.

Las cartas de los niños a la familia eran parte de la disciplina escolar y buena parte de ellas, a medida que se acerca la pubertad

del muchacho, expresan una autonomía desprejuiciada y risueña. Con 12 años, pide a casa no la *Iliada*, sino el tomo primero de la *Iliada*, pero también las obras de Esopo y Eurípides y las de Tucídides, además de bromear con su padre y con su madre a propósito de su fluido francés, que es lengua muy fácil de aprender. Exhibe burlón su invencible propensión a soltar latinajos y cultismos mientras bromea y juega sin acertar a caracterizar su propio estilo epistolar, tan mellado de citas de este Flaco o de aquel Horacio.

Ortega juega siempre, también de niño; juega cuando practica «componiendo continuamente ejercicios tanto en verso como en prosa», como cuando conjetura la probable influencia en su propia prosa epistolar de ¡Pedro Antonio de Alarcón! en noviembre de 1896. Juega cuando inventa en 1895 un «psilogismo *in barbara* [sic]», pero también cuando pide como regalo alguna buena historia de la literatura (que será la de Amador de los Ríos). Juega incluso cuando rebaja en 1896 el sermón de un canónigo que «lo hizo bastante bien si bien la declamación, estilo y ceceo dejó bastante que desear» (*Cartas*, 65). Una divertida parodia de sermón oratorio del muchacho se levanta, se levanta hasta que sospecha que no llega «ni con escalera», de manera que se retira «por escotillón a la manera de Guignol», y todo para felicitar las Navidades con humor (es un 20 de diciembre de 1896), justo antes del saludo final al cura que vivía en casa de los Ortega y que se hacía cargo de los muchachos cuando estaban en Madrid (y de quien esperan o reclaman a menudo que se quite la pereza de encima y les escriba).

Esta vez no da recuerdos a la «inmensa parentela» que puebla aquella casa, pero es usual el recuento de tíos a quienes saludar (y llegan a cinco), sin contar con el cura, los criados, su hermana Rafaela y su hermano Manuel, y el resto de población flotante habitual allí. La presencia esporádica de su madre fue más frecuente en Málaga que la de su padre. Pero estaba al tanto de sus progresos porque las celebraciones familiares se suelen solemnizar con carteles y pasquines impresos por el colegio. Por entonces el nombre de los dos niños se escribe ya con la *y* que separa sus dos apellidos, sin duda para evitar la malsonancia del encabalgamiento de las sílabas (y que el padre nunca necesitó). A menudo Or-

tega lamenta la ausencia del padre, por ejemplo en el día de su santo, pero también registra la gratitud por alguna nueva prenda, lamenta los calores y los fríos o unos dolores de cabeza que menciona con extraña frecuencia un niño de 12 o 13 años.

Casi nada, sin embargo, ofrece una resistencia invencible, ni tan siquiera el tedio del internado: «disipada tan inútil tristeza, volvamos a la utilísima alegría», escribe en enero de 1896. Tampoco se le resisten los idiomas, pero es más difícil aprender el griego que restituir la alegría, y empezará con él gracias al interés de otro jesuita, aunque fuera del programa escolar de El Palo, Gonzalo Coloma. El griego no lo aprenderá de veras hasta mucho más tarde, tras pasar por el colegio de los jesuitas en Deusto primero, en 1897, y por la universidad después (y quedar en deuda con el padre Coloma en Málaga y un jesuita que dejará de serlo, Julio Cejador), pero sobre todo tras la disciplina germánica que se prescribe Ortega a los 22 años, desde 1905, instalado ya en Alemania para una larga temporada.

Con los jesuitas iba a seguir todavía dos años más, pero esta vez en Deusto, en Bilbao, y como alumno de dos carreras, Derecho y Filosofía, en el Internado de Estudios Superiores. Administrativamente depende de la Universidad de Salamanca y por eso ese curso escolar, en mayo de 1898, le examina de griego Unamuno, colaborador destacado del diario de la familia, a las puertas del final de la guerra de Cuba y la pérdida de las colonias. Los protocolos educativos fueron en Deusto muy semejantes a los ya vividos en Málaga, pero peores. Peores porque el muchacho ya no está con su hermano mayor Eduardo (de quien envidia la libertad que disfruta en Madrid) y además porque no es solo un muchacho, sino un adolescente con el ánimo desbocado y más crítico, menos cohibido también. Uno de esos veranos se ha llevado un revolcón ante un becerro llamado Vinagre, al que quiso torear con la chaquetilla de verano en la finca de un pariente, sin demasiado éxito y con un buen susto.

Pero le pasa lo que les pasa a los demás y registra sus cósmicos aburrimientos, la levedad de las materias y el rigor de los horarios, mientras escribe con la noche entrada o apenas levantada la madrugada, en torno a las seis de la mañana en que suena el silbato, mientras ironiza para decir una vez más que no tiene nada que

decir. Lo que tiene son 15 años en este 1898 (como recordará muchas veces) y se aburre tanto de la institución como de sus métodos pedagógicos basados en la memorización y el acatamiento. Con todo, y como era previsible, los boletines de calificaciones finales mantienen las constantes de siempre y siempre en la zona alta, o muy alta.

No parece que Ortega terminase la carrera de Derecho, aunque la arrastró al menos hasta 1902. En el verano de 1901 ha rematado sus estudios de Filosofía en la Universidad Central de Madrid, tras cursar los dos últimos años allí, aunque le falta el título porque ha de recuperar en 1902 un suspenso en árabe (y aspira todavía a examinarse ese septiembre de Derecho Político y Hacienda Pública). En dos colegios de Madrid, uno en la plaza de las Descalzas y otro en la calle Atocha, imparte entonces, a los 19 años y durante poco tiempo, una clase diaria de literatura que le ha procurado un importante amigo reciente, periodista y escritor, Francisco Navarro Ledesma. «Yo necesitaba dinero para comprar libros», y los diecinueve duros al mes que saca se van directos a la librería Gutenberg, «donde siempre había una cuenta contra mí superior a mis emolumentos» (III, 420).

A medias la efusión y la necesidad lo llevan a escribir también los pocos artículos que publica este Ortega de 20 años en el *Faro de Vigo*. En 1902 pasa allí las vacaciones de verano con su tío Ramón Gasset, ya con las hechuras de la futura y exagerada susceptibilidad del escritor. Ortega le ha adivinado a su padre la intención amonestadora de publicar en *El Imparcial* un suelto sobre fechas de matrículas. Lo ha visto el hijo, ha entendido el mensaje y se ha ofendido: «no parece sino que te ha tocado en suerte un hijo imbécil, un cretino perfecto o un díscolo inmoral», cuando es evidente a todas luces que le ha tocado todo lo contrario, y su padre lo sabe, pero también se duerme. De ahí que el joven se permita despertar al atareadísimo padre y recordarle que la vida que lleva su hijo es de «un fondo lo suficientemente serio, más aún, casi grave», para ganarse el derecho de decir estas cosas.

Todavía no han llegado las dudas que lo asaltarán enseguida sobre la conveniencia o inconveniencia de publicar precozmente, como hacen todos los escritores vocacionales del tiempo, donde

sea, como sea y sobre lo que sea. Sus artículos son probaturas y experimentos de estilo, son escasos pero ninguno es anodino, y desde luego no resultan nada vaporosos, ni los que publicó entonces ni los que quedaron inéditos. La voluntad de escritura se despliega desde ese verano de 1902, cuando ha escuchado ya unas conferencias de Ramiro de Maeztu en Vigo, cuando ha empezado a tratar más íntimamente a Francisco Navarro Ledesma, cuando se nutre con avidez de la biblioteca de la Escuela Superior de Artes e Industrias que dirige su tío Ramón Gasset y cuando sin duda es ya uno más de los muchos socios del Ateneo de la calle Prado, de Madrid, y anuda sus primeras amistades firmes con gentes de su edad y, sobre todo, de más edad que él.

A los 19 años, Ortega encadena descubrimientos a toda marcha, en casa y fuera de casa: desde una vocación de ingeniero un tanto fantásica, pero bien razonada, hasta libros nuevos de sociología que se transparentan en su primerísimo y alucinante artículo sin publicar de junio-julio de 1902, «Glosas inactuales». Alucinante, sí, pero no imprevisible, porque el fenómeno de la masificación está muy vivo en el fin de siglo europeo, y también en el español (la tesis doctoral de otro joven tres años mayor, Manuel Azaña, trata en 1899 de *La responsabilidad de las multitudes*). El artículo de Ortega está escrito, sin embargo, para batirse el cobre por los hombres capaces de combatir el jadear cansado de las mayorías: son hombres dispuestos a dar «la voz de alerta al divisar antes que sus hermanos esas velas blancas de los ideales recién nacidos» y ayudar a que los pueblos lleguen a comprenderlas, ya que «con ese equilibrio de fuerzas intelectuales y físicas de las masas, de las muchedumbres, la esperanza y la fe se dinamifican en grandes movimientos sociales». Pero antes, antes van siempre los primeros —dice un inequívoco lector de Nietzsche y de Carlyle—, porque son «los personales, los fuertes, los enérgicos, los robustos de alma, los atletas del espíritu, que se adelantan desbridados al gran rebaño» (VII, 6-8).

A finales de 1902, y en las páginas generacionales de *Vida nueva*, publica otra desordenada y aforística apología de la crítica como parcialidad guerrillera, como lucha e impulso ajeno a objetividad alguna, asentimental e impersonal por vía paradójica y casi unamunesca. La crítica es «salirse fuera» de uno mismo para sus-

traerse «a la ley de gravedad sentimental» y decir con valentía lo que se debe decir (que es otra lección nietzscheana). Lo contrario es seguir el mugido ciego de la multitud; es afirmar lo que la mayoría afirma. Pero el crítico está para lo contrario: para acabar con Taine y rechazar la impersonalidad de la «multitud como turba, como *foule*», porque su opinión está hecha de la «suma de abdicaciones, involuntaria, torpe como un animal primitivo». Las leyes de la «psicología de las multitudes» han explorado su impenetrable «cerebro plúmbeo» y frente a ello se levanta heroico el hombre «de personalidad» con «voluntad de potencia» para liderar «la serie innúmera de ceros que forma la masa». Así se logra ser «personalísimo en la crítica», en la defensa de «afirmaciones o negaciones poderosas», como individuo «personal, fuerte y buen justador». La irrecusable moraleja llega sola, y es que «no se puede hacer crítica a bragas enjutas» (I, 5-9).

Una primera obsesión orteguiana será saberse como uno de ellos: hombre de personalidad. Pero Ortega sabe más cosas en ese mismo verano de 1902, y para empezar germina en él el menosprecio íntimo o la devaluación inconfesada en que tendrá a la literatura de ficción, la poesía incluida, durante toda su vida. Ha descartado ya el primitivo proyecto de ganar una cátedra de Retórica en un instituto porque «todo eso del arte es muy ameno», pero «no merece el sacrificio de un estudio profundo y serio», entre otras cosas porque la aspiración de la cátedra (a la que «nunca tuve afición») es «un horizonte excesivamente burgués y con gafas» (*Cartas*, 93). Pero sus lecturas —reconstruidas por Vicente Cacho Viu— hasta entonces han sido frenéticas: enganchado a las novelas de Balzac y enganchado a Chateaubriand, drogodependiente de Nietzsche, al que lee sin duda en francés, como a Schopenhauer, apenas traducidos entonces al español. Sin duda está ya inmerso en el correctivo de Ernest Renan y *Le roman de l'énergie nationale*, de Maurice Barrès, o Novicow, o Berthelot, todos citados en sus cartas juveniles y todos en defensa de la moral de la ciencia. Goethe es cita casi universal en su vida y muy temprana, además de acumular lecturas de todo tipo, sean Zola y Stendhal, sea un Shakespeare al que cita muy poco, sean autores-época como Maurice Barrès, Max Nordau y *Dégénérescence*, el *Viaje del Beagle* de

Darwin o *Los héroes* de Carlyle, la obra (que le arrebató) de Anatole France, o Emerson, Daudet o Maupassant.

Ha asumido también cosas de otro tonelaje ese verano de 1902. La totalidad de los científicos españoles «es tonta o si no, le falta grandeza de miras, ambición noble y extensa, talento sintético». Y lo sabe bien porque eso que les falta a los científicos es exactamente «el baño íntimo y conformativo» que él se ha dado y se seguirá dando «en el arte y en la filosofía», tras sus primeros estudios universitarios. El futuro será de los ingenieros, sin duda, «pero como a esos ingenieros les falta don de vista larga necesitarán directores —sea inmediatamente, sea mediatamente— con la acción o con la pluma». Y él puede encontrarse «en condiciones inmejorables para ello». El fondo nietzscheano es tan obvio que puede permitirse tratarlo de —«¿quién iba a decirlo?», escribe perplejo a su padre en 1902— «un *algo*, un poco anticuado». Se lleva mal Ortega con lo viejo, los pergaminos y los papeles amarillentos, lo caduco y desvitalizado, lo que deja de ser «creador, fuerte, vital». Y si hoy el movimiento humano es científico, «el arte, la filosofía, la política, el dinero mismo se basa, se nutre, camina sobre la ciencia» (*Cartas*, 94-95).

Desde luego, es muy prematuro el enfriamiento nietzscheano que se autodiagnostica, porque sigue empapuzado hasta el fondo de Nietzsche. La conexión con «el loco de Sils-Maria» será tan fuerte, en plena «crisis el alma nacional» (VII, 282), que ha dotado a todos de un nuevo orgullo redentor, pilar central para recuperar la fe en sí mismos y en el futuro frente a la desgracia insondable del presente: «hubo un instante en España —¡vergüenza da decirlo!— en que no hubo otra tabla donde salvarse del naufragio cultural» que el Orgullo, al que impone una mayúscula casi agónica. Fue la droga dura con la que algunos pudieron «inmunizarse frente a la omnimoda epidemia que saturaba el aire nacional» (I, 176). Por eso en buena parte de sus próximos años fingen una pelea a tumba abierta por vaporizar los instintos heroicos que Nietzsche ha diseminado en los fondos de su alma (pero ya invenciblemente desde dentro de Nietzsche).

QUÉ SER: PRIMEROS PLANES

A Ortega apenas le basta nada de lo que ha aprendido hasta entonces, como si su paso por la universidad tuviese más valor de requisito que efecto formativo. Enseguida necesita programar seriamente el futuro y eso hace en torno a 1902, y desde luego en formato 3-D. La tentación de hoy es ver alguna forma de la ironía hiperbólica que usaba de chico, pero no la hay, entre otras cosas porque el plan de sus 19 años se parece mucho al plan ejecutado entre los 22 y 24 en Leipzig, Berlín y Marburgo, con asignaturas tan abiertas y plurales, tan consciente de un objetivo omniabarcador y rebasador del arco humanístico: Fisiología, Anatomía, Histología, Sistema Nervioso, Psicología, Psicología Experimental y, por supuesto, Filosofía, Lógica y Griego. Incluso a su hermano Manuel (que estudia Ingeniería de Minas) le pide auxilio bibliográfico porque en ese programa no figuran las Matemáticas y en cambio «yo necesito para lo que estoy estudiando y sobre todo para el resto de mi vida» saber Matemáticas. Pero necesita también para «la psicología y la filosofía saber mecánica», así que es urgente hacerse «*muy bien* de las *ideas* matemáticas y tener cierta facilidad en lo que he de aplicar a la mecánica cuando la estudie, sea aquí o ahí o dentro de veinte años» (*Cartas*, 133).

En ese mismo agosto de 1902 pergeña, por tanto, ese «proyecto magno, tal vez, heroico» —le dice a su padre— en que va a convertir su vida, y conviene no banalizar la palabra *heroico* cuando la usa Ortega: el intelectual es heroico o no es auténtico intelectual, ahora y en la madurez plena del escritor. Hoy su ideal es tan alto que se sabe aún débil y demasiado tentado por frivolidades prácticas, como ganar algo de dinero, o sentimentales, como obtener «pequeños triunfos brillantes» (es decir, artículos y conferencias de resonancia fácil). Pero el plan es que en tres años pueda ser ingeniero sucesivamente de varias especialidades hasta culminar en ingeniero industrial, que sumará a las licenciaturas ya obtenidas en Filosofía y Letras y Derecho (que parece dar por hecha también), y solo necesitará dos años más de clases para una preparación básica sobre Fisiología, Biología o asignaturas como «la de Ramón y Cajal, Histología en San Carlos».